



CANTO XVIII

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintin; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles

¿Cuál será el atrevido que presume
Reducir el valor vuestro y grandeza
A término pequeño y breve suma,
Y á tan humilde estilo tanta alteza?
Que aunque por campo próspero la pluma
Corra con fértil vena y lijereza,
Tanto el sujeto y la materia arguye,
Que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
Que me será juzgado á desatino,
Pues llegado á razon yo mismo veo
Que salgo de los términos á tino:
Mas de serviros siempre el gran deseo,
Que siempre me ha tirado á este camino,
Quizá aldelgazará mi pluma ruda
Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
Esta mi presuncion y atrevimiento,
Es el que agora pido, y el que puede
Enriquecer mi pobre entendimiento:
Que si por vos, señor, se me concede
Lo que á nadie negais, soltaré al viento
Con ánimo la ronca voz medrosa,
Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado
Por la justa razon con que lo pido,
Espero que, señor, seré escuchado,
Que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
Dije en el canto atrás, que arremetido
Habia el furioso campo por tres vias
A las aportilladas baterias.

Y en la veloz corrida contrastando
Los tiros y defensas contrapuestas,
Lo va todo rompiendo y tropellando
Con animoso pecho y manos prestas,
Y á los batidos muros arribando
Por los lados y partes mas dispuestas:
Los unos y los otros se afrentaron,
Y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa
Armas y defensivos instrumentos,
Resisten la llegada impetuosa
Y los contrarios ánimos sangrientos;
Mas la gente española mas furiosa
Cuanto topaba mas impedimento,
Con temoso coraje y porfiado
Rompe lo más difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
Gran contienda, revuelta y embarazos,
Muertes estrañas, golpes y heridas
De poderosos y gallardos brazos;
Cabezas hasta el cuello y mas hendidas,
Y cuerpos divididos en pedazos:
Que no bastaban petos ni celadas
Contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se espugnaba y defendia
Con esfuerzo y valor por todos lados;
Era cosa de ver la herrería!
De las armas y arneses golpeados;
La espantosa y horrenda artillería,
Las bombas y artificios arrojados
De pólvora, alquitrán, pez y resina,
Aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
De lanzas y saetas arrojaban,
Peñas, tablas, maderos que á gran priesa
De los muros y techos arrancaban:
La fiera rabia y gran teson no cesa,
Hieren, matan, derriban; y así andaban
Los unos y los otros tan revueltos
En horror, fuego, sangre y humo envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
Con libre y animosa confianza:
Otros de miedo por vivir ofenden
Poniéndoles esfuerzo la esperanza;
Otros que ya la vida no pretenden
Procuran de su muerte la venganza,
Y que cayan sus cuerpos de manera
Que al enemigo cierran la carrera.

Como el furor indómito y violencia
De una corriente y súbita avenida,
Que si halla reparo y resistencia
Hierve y crece allí la agua detenida,
Al fin con mayor ímpetu y potencia
Bramando abre el camino y la salida,
Que las defensas rompe y desbarata,
Y en violento furor las arrebató:

De tal manera la francesa gente
Sin bastar resistencia y fuerza alguna
La arrebató la próspera corriente
Del hado de Felipe y su fortuna:
Que ya sin poder mas forzadamente
A la furia rendida, por la una
Parte que estaba Cáceres, dió entrada
A su enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
El golpe de la gente resistía,
No fué ni pudo al cabo ser bastante
A la pujanza y furia que venía:
Quedó en prisión con otros, y adelante
La victoriosa y fiera compañía,
Dejando eterna lástima y memoria.
Iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazón por la otra parte
Que el diestro Navarrete peleaba,
Sin ser la francesa gente parte
A puro hierro la española entraba;
Y á despecho y pesar del fiero Marte
Que los franceses brazos esforzaba,
Haciendo gran destrozo y cruda guerra
De rota á mas andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot, que encomendada
Le estaba la defensa de aquel lado;
Hé aquí también por la tercera entrada
Que Julian Romero habia asaltado;
La suspensa fortuna declarada,
Abriendo paso al detenido hado;
La mano á don Felipe dió de modo,
Que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
Los ánimos del pueblo enflaquecido,
Rompiendo el aire espeso y alto cielo
Un general lamento y alarido:
Las armas arrojadas por el suelo,
Escogiendo el vivir ya por partido,
Acordaron con misera huida
Perder la plaza y guarecer la vida.

Pero los vencedores, cuando vieron
Su gran temor y poco impedimento;
Los brazos altos y armas suspendieron
Por no manchar con sangre el vencimiento;
Y sin hacer mas golpe arremetieron,
Vuelto en codicia aquel furor sangriento,
Al esperado saco de la tierra,
Premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando
Quebranta los cerrojos reforzados,
Quién por picas y gúmenas trepando
Entra por las ventanas y tejados;
Acá y allá rompiendo y desquiciando
Sin reservar lugares reservados,
Las casas de alto abajo escudriñaban,
Y á tiento sin parar corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente
Cuando en un barrio ó vecindad se enciende
Que con rebato súbito la gente
Corre con priesa y al remedio atiende;
Y por todas las partes francamente
Quién entra, sale, sube; quién deciende,
Sacando uno arrastrando, otro cargado
El mueble de las llamas escapado:

Así la fiera gente victoriosa
Con prestas manos y con piés lijeros
De la golosa presa codiciosa
Abre puertas, ventanas y agujeros,
Sacando diligente y presurosa
Cofres, tapices, camas y rimeros,
Y lo de mas y menos importancia
Sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas,
Que los distantes cielos penetraban,
De viudas y huérfanas doncellas
La insaciable codicia moderaban;
Antes rompiendo sin piedad por ellas
A lo mas defendido se arrojaban,
Creyendo que mayor ganancia habia
Donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo
Por las calles sin guarda á la ventura,
Los bellos rostros con rigor batiendo
Lamentando su hado y suerte dura;
Y las miseras monjas, que rompiendo
Sus estatutos, limite y clausura,
De aquel temor atónito llevadas
Van acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe antes que entrasen
Había mandado á todas las naciones,
Que con gran cuidado reservasen
Las mujeres y casas de oraciones;
Y amigos y conformes evitasen
Pendencias peligrosas y cuestiones,
Que del saco y la presa á cada una
Diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres, que acá y allá perdidas
Llevadas del temor sin tiento andaban,
Por orden de Felipe recogidas
En seguro lugar las retiraban;
Donde de fieles guardas defendidas
Del bélico furor las amparaban,
Que aunque fueron sus casas saqueadas,
Las honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados obedientes
Al cristiano y espreso mandamiento,
Se mostraban en esto continentes
Frenando aun el primero movimiento.
La revuelta y la mezcla de las gentes,
La mucha confusion y poco tiento
Hizo que el daño en la ciudad creciese,
Y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada,
Arrojando espesísimas centellas,
Del fresco viento céfiro ayudada
Procuraba subir á las estrellas:
La miserable gente áfortunada
Con dolorosas voces y querellas,
Fijos los tiernos ojos en el cielo,
Desmayando esforzaban mas el duelo.

A todas partes gritos lastimosos
En vano por el aire resonaban,
Y los tristes franceses temerosos
En las contrarias armas se arrojaban,
Elegiendo por fuerza vergonzosos
El modo de morir que rehusaban,
Antes que como flacos encerrados
Ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia
Había las fieras armas embotado,
Que con remedio presto y diligencia
Todo el furor y fuego fué apagado:
Al fin sin mas defensa y resistencia
Dentro de San Quintín quedó alojado,
Con la llave de Francia ya en la mano,
Hasta Paris abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba
Al hemisferio antártico encendido,
Cuando yo, que alegrísimo miraba
Todo lo que en mi canto habeis oído,
Ví cerca una mujer que me hablaba,
Mas blanco que la nieve su vestido,
Grave, muy venerable en el aspeto,
Persona al parecer de gran respeto,

Diciendo: «Si las cosas que dijere
Por cierta y verdadera profecía
Difícil alguna pareciere,
Créeme, que no es ficción ni fantasía;
Mas lo que el Padre eterno ordena y quiere
Allá en su escelso trono y hierarquía,
Al cual está sujeto lo mas fuerte,
El hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

»Desta guerra y rigores encendidos
Entre la España y Francia así arraigados
Resultarán conciertos y partidos
Por una parte y otra procurados:
En los cuales serán restituidos
Al duque de Saboya sus estados,
Con otros muchos medios provechosos
En bien de Francia y á la España honrosos.

»Y para que mas quede asegurada
La paz con hermandad y firme asiento
Con la prenda de Henrico mas amada
Contraerá don Felipe casamiento;
Pero la cruda muerte acelerada
Temprano deshará este ayuntamiento,
Que el alto cielo así lo determina,
Y el decreto fatal y orden divina.

»En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al rey debida,
Las sacrílegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y proprio rey jurado.

»Por insolencias viejas y pecados
Vendrá el reino á ser casi destruido,
Y Carlos de sus pérfidos soldados
A término dudoso reducido;
Serán con desacato derribados
Los suntuosos templos, y ofendido
El mismo sumo Dios y sacramento,
Sobrando á la maldad su sufrimiento.

»Mas vuestro rey con presta providencia
Previniendo al futuro daño luego,
Atajará en España esta dolencia
Con rigor necesario á puro fuego:
Curada la perversa pestilencia,
Las armas enemigas del sosiego
Con furia moverá contra el oriente
Enviando al Peñón su armada y gente.

»Aunque no pueda de la vez primera
Conseguir el efecto deseado,
Volverá la segunda de manera
Que el áspero Peñón será espugnado;
Y dejando segura la carrera
Y el morisco contorno amedrentado,
Por causa de los puertos é internada
Retirada la victoriosa armada.

»Vendrán á España á la sazón de Hungría
Dos príncipes de alteza soberana,
Hijos de César Máximo y María,
De Carlos hija y de Felipe hermana,
Que acrecentando el gozo y alegría
Harán aquella corte y era ufana:
El mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
Que á la fama darán materia presto.

»Y de sus altas obras prometiendo
En su pequeña edad grande esperanza,
En años y virtud irán creciendo,
Virtud y años muy dignos de alabanza,
En quienes se verá resplandeciendo
Un escelso valor y la crianza
Del baron Dietristán, persona digna
De dar á tales príncipes dotrina.

»Luego en el año próximo siguiente,
Toda la cristiandad amenazando,
La gruesa armada del infiel potente
Irá contra el poniente navegando,
Con tan gran aparato y tanta gente
Que temblarán las costas, y arribando
A la isla de Malta dará fondo,
Que boja veinte leguas en redondo.

»Donde el grande maestré y caballeros
Que dentro asistirán en este medio,
Con otros capitanes forasteros
Ofrecerán las vidas al remedio,
Y siempre constantísimos y enteros
Resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
Haciendo en la defensa tales cosas
Que se podrán tener por milagrosas.

»Serán batidos de uno y otro lado
Por la tierra, por mar, por bajo y alto,
Y el fuerte de San Telmo aportillado
Entrado á hierro en el noveno asalto,
El cual suceso al pueblo bautizado
Pondrá en grande peligro y sobresalto;
Porque en el puerto la turquesca armada
Tendrá por las dos bocas franca entrada.

»Allí se verán hechos señalados,
Difíciles empresas peligrosas,
Animos temerarios arrojados
Cuando las esperanzas mas dudosas:
Postas, muros y fosos arrasados,
Crudas heridas, muertes lastimosas,
Casos grandes, sucesos infinitos
Dignos de ser para en eterno escritos.

»Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
Y la fuerza al trabajo se rindiere,
El muro esté ya raso, el foso llano,
Y la esperanza al suelo se viniere;
Cuando el sangriento bárbaro inhumano
El cuchillo sobre ellos esgrimiere,
Será entonces de todos conocido
Lo que puede Felipe y es temido.

»Pues con sola una parte de su armada,
Y número pequeño de soldados,
De su fortuna y crédito guiada
Rebatirá los otomanos hados,
Y la afligida Malta restaurada,
Serán los enemigos retirados,
Las fatigadas velas dando al viento
Con pérdida increíble y escarmiento.

»Luego el año después, con poderoso
Ejército en persona Solimano
Por tierra moverá contra el famoso
César Augusto, emperador romano,
Y por la gran Panonia presuroso,
Dejando á la derecha al trasilvano,
Y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
Bajará á los confines de Croacia

»A Siguet, plaza fuerte y recogida
Cuatro semanas la tendrá asediada,
Y al cabo, sin poder ser socorrida,
Del fiero Solimán será ocupada:
Mas la empresa difícil y la vida
Acabará en un tiempo, que la airada
Muerte arribando el limitado curso,
Pondrá término y punto á su discurso.

»Por otra parte en Flandes los estados,
Desasidos de Dios en estos dias,
Turbarán el sosiego inficionados
De perversos errores y herejías;
Y contra el rey Felipe conspirados
Tentarán de maldad diversas vias,
Trayendo á estado y condicion las cosas
Que durarán gran término dudosas.

»También con pretension de libertarse
En el próspero reino de Granada,
Los moriscos vendrán á levantarse
Y á negar la obediencia al rey jurada:
La cual alteracion por no estimarse,
Ni ser á los principios remediada,
Será de grandes daños y costosa
De sangre ilustre y gente valerosa.

»Irá á esta guerra un mozo, que escondido
Anda en humildes paños y figura,
Que su imperial linaje esclarecido
Difíciles empresas le asegura,
A quien tienen los hados prometido
Una famosa y súbita ventura:
Este es hijo de Carlos, que aun se cria,
Y encubierto estará por algun dia.

»Andará, como digo, disfrazado
Hasta que el padre al tiempo de la muerte
Le dejará por hijo declarado,
Subiéndole en un punto á tanta suerte;
Será de todos con razon amado,
Franco, esforzado, valeroso y fuerte:
Es su nombre don Juan, y en esta parte
No puedo mas decir ni revelarte.

»Baste que á los moriscos alterados
En su primera edad hará la guerra,
Y los presidios rotos y ocupados
Los vendrá á retirar dentro en la sierra;
Adonde los tendrá tan apretados
Que al fin reducirá la alzada tierra,
Trasplantando en provincias diferentes
Las raíces malvadas y simientes.

»Esta guerra acabada, de Alemania
De damas y gran gente acompañada
La infanta Ana vendrá, reina de España,
Con el rey don Felipe desposada:
Donde con pompa y majestad estraña
Será la insigne boda celebrada
En la antigua Segovia, un tiempo silla
De los famosos reyes de Castilla.

»Serán pues los dos príncipes llamados
Del padre emperador, que ya aquel dia
Querrá dar nuevo asiento en sus estados,
Y hacer rey á Rodolfo de la Hungría:
Así que, para Jénova embarcados
Arribarán, pasando á Lombardia
Por la ribera del Danubio amena
A su ciudad famosa de Viena.

»Cuando ya la revuelta y turbaciones
De los tiempos den muestra de acabarse,
Y el bélico furor y alteraciones
Parezcan declinar y sosegarse;
Entonces en las bárbaras regiones
Comenzarán de nuevo á levantarse
Las armas de los turcos inhumanos
Contra los poderosos venecianos.

»Y sacando una armada poderosa
De todas sus provincias allegada,
En la vecina Cipro, isla famosa,
Descargará la furia represada;
Y con espada cruda y rigurosa
Será la tierra dellos ocupada,
Entrando á Famagusta ya batida
Sobre palabra falsa y fementida.

»Quedarán pues tan arrogantes desto,
Que la armada de gente reforzando
Con soberbio designio y presupuesto
Irán la via de Italia navegando,
Despreciando del mundo todo el resto,
Y aun el poder del cielo despreciando:
Tanto será su orgullo y fiera muestra
Nacido del pecado y culpa vuestra.

»Mas el alto Señor, que otro dispone,
Y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
Que cuando faltan méritos compone
Con su sangre y pasion la deuda ajena,
Y por solo un gemir luego repone
La punicion y merecida pena,
Quebrantaré con golpe riguroso
La soberbia del bárbaro ambicioso.

»Que doliéndose ya de la fatiga
Del pueblo pecador, pero cristiano,
Contra la gente pérfida enemiga
Esgrimirá la poderosa mano:
Así de inspiracion habrá una liga,
Donde el papa y senado veneciano
Juntarán su poder, su fuerza y gente
Con la del rey católico potente.

»Será en gracia de todos elegido
General de la liga el floreciente
Mozo, que en su niñez desconocido
Anda en hábito humilde entre la gente:
Pero no me es á mí ya concedido
Revelar lo futuro abiertamente:
Basta que lo verás, pues te asegura
Mas larga vida el hado que ventura.

»Mas si quieres saber desta jornada
El futuro suceso nunca oido,
Y la cosa mas grande señalada
Que jamás en historia se ha leido,
Cuando acaso pasares la cañada
Por donde corre Rauco mas ceñido,
Verás al pié de un líbano en la orilla
Una mansa y doméstica corcilla.

»Conviénete seguirla con cuidado
Hasta salir en una gran llanura,
Al cabo de la cual verás á un lado
Una fragosa entrada y selva oscura;
Y tras la corza tímida emboscado
Hallarás en mitad de la espesura
Debajo de una tosca y hueca peña
Una oculta morada muy pequeña.

»Allí por ser lugar inhabitable
Sin rastro de persona ni sendero,
Vive un anciano viejo venerable,
Que famoso soldado fué primero,
De quien sabrás dó habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
El cual te informará de muchas cosas
Que están aun por venir, maravillosas.

»No quiero decir mas en lo tocante
A las cosas futuras, pues parece
Que habrá materia y campo asaz bastante
En lo que de presente se te ofrece,
Para llevar tus obras adelante,
Pues la grande ocasion te favorece:
Que á mí solo hasta aquí me es concedido
El poderte decir lo que has oido.

»Mas si el furor de Marte y la braveza
Te tuvieren la pluma destemplada,
Y quisieres mezclar con su aspereza
Otra materia blanda y regalada;
Vuelve los ojos, mira la belleza
De las damas de España, que admirada
Estoy, segun el bien que allí se encierra,
Cómo no abrasa amor toda la tierra.

»Mas tente, que me importa á mí, primero
Que de los ojos fáciles te fies,
Prevenir al peligro venidero
Para que dél con tiempo te desvíes,
Y no aguardes al término postrero,
Ni en tu fuerza y mi ayuda te confíes:
Que aunque quiera después contraponerme,
Tú cerrarás los ojos por no verme.»

¡Oh condicion humana! que al instante
Que me privó que el rostro no volviere,
Solo aquel impedirme fué bastante
A que el pronto apetito se encendiese:
Y así sin esperar mas que adelante
En el sano consejo procediese,
Volví los ojos luego, y de improviso
Vi, si decirse puede, un paraíso:

En un asiento fértil y sabroso
De alegres plantas y árboles cercado,
Do el cielo se mostraba mas hermoso
Y el suelo de mil flores variado,
Cerca de un claro arroyo sonoro
Que atravesaba el fresco y verde prado,
Vi junta toda cuanta hermosura
Supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
Que en la dichosa España florecían:
El claro sol, la luna y las estrellas
En su respeto oscuras parecían;
Y sobre sus cabezas todas ellas
Olorosas guirnaldas sostenían
De mil varias maneras rodeadas
De rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos
Gran copia de galanes estimados,
Al regalado y blando amor rendidos,
Corriendo tras sus fines y cuidados:
Unos en esperanza sostenidos,
Otros en sus riquezas confiados,
Todos gozando alegres y contentos
De sus lozanos y altos pensamientos

En esto con presteza y furia estraña
Arrebatado por el aire vano
La alta cumbre dejé de la montaña,
Bajando al deleitoso y fértil llano,
Donde si la memoria no me engaña
Vi la mi guía á la derecha mano,
Algo medrosa, y con turbado gesto
De haberme en tanto riesgo y trance puesto.

Que luego que los piés puse en en suelo,
Los codiciosos ojos ya cebando,
Libres del torpe y del grosero velo
Que la vista hasta allí me iba ocupando,
Un amoroso fuego y blando hielo
Se me fué por las venas regalando,
Y el brio rebelde y pecho endurecido
Quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme
En obras y canciones amorosas,
Y mudar el estilo, y no curarme
De las ásperas guerras sanguinosas,
Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas una
Que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino y mi ventura:
Yo que saber su nombre deseaba,
Rendido y entregado á su hermosura,
Vi á sus piés una letra que decia:
Del tronco de Bazan doña Maria.

Y por saber mas della, revolviendo
El rostro y voz á la prudente guía,
Súbito el alboroto y fiero estruendo
De las bárbaras armas y armonía
Me despertó del dulce sueño, oyendo:
«¡Arma! arma! ¡presto, presto!» y parecia
Romper el alto cielo los acentos
De las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido,
A las vecinas armas corri presto,
Poniendome en un punto apercebido
En mi lugar y señalado puesto:
Cuando con ferocísimo alarido
Por la áspera ladera del recuesto
Apareció gran número de gente,
Y la rosada aurora en el oriente.

Luego también por una y otra parte
Con no menores voces y denuedo
Tanta gente asomó, que al fiero Marte
Con su temeridad pusiera miedo.
Mas para proceder parte por parte
Segun estoy cansado ya no puedo:
En el siguiente y nuevo canto pienso
De declararlo todo por estenso.

